

La Pasión de la Belleza en Gabriel García Márquez

Guadalupe Fernández Ariza

El mito de la Belleza como poder sobrenatural está en el origen de la cultura de Occidente, en la *Iliada* se narra que "Tales próceres troyanos había en la torre. Cuando vieron a Helena, que hacia ellos se encaminaba, dijéronse unos a otros, hablando quedo, estas aladas palabras: los Ancianos. -No es reprobable que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos males por una mujer como ésta, cuyo rostro tanto se parece a las diosas inmortales. Pero, aun siendo así, váyase en las naves, antes que llegue a convertirse en una plaga para nosotros y para nuestros hijos"¹ .

Con Homero, la Belleza quedó asociada a la guerra de Troya, convirtiéndose incluso en una justificación de todos los males que hubieron de sobrevenir. Como se ha indicado "el mítico autor de la *Iliada* ofrece una justificación implícita de la guerra de Troya, anticipando el escandaloso *Encomio de Helena*, escrito por el sofista Gorgias: la irresistible belleza de Helena absuelve de hecho a la propia Helena de las desgracias que ha originado. Menelao, una vez conquistada Troya, se abalanzará sobre la esposa traidora para matarla, pero su brazo armado se detiene paralizado por la visión del hermoso seno desnudo de Helena"² .

El culto a la Belleza, desde sus orígenes, ha debido su figuración a la literatura y a las artes plásticas, de manera que es imprescindible recurrir a alguna de estas fuentes, o a ambas muchas veces, para conocer las formas que consagran, en cada época y en cada estilo, a la divinidad de poderes extraordinarios. La Modernidad sigue rindiendo su constante homenaje a la Diosa, y le atribuye el mágico aliento de la inspiración.

Herederos de la tradición del Modernismo, y habiendo dado notorias muestras de esta noble genealogía en el homenaje a Darío que significa *El otoño del patriarca*, magnífica celebración del poeta nicaragüense, Gabriel García Márquez actualiza los motivos que recibiera como legado poético y los configura y adapta a sus necesidades literarias. Una de las grandes aspiraciones era, para la literatura finisecular, el ideal de Belleza, expresado en imágenes de representaciones sublimes, tomando sus modelos de las creaciones plásticas, especialmente de la pintura del Renacimiento, que había fijado los mitos del Amor y la Belleza, buscando en las aventuras de los dioses paganos la transmutación de lo cotidiano y lo trivial en acontecimiento de dignidad olímpica.

La Belleza llegaba a los modernistas con nuevas connotaciones, Baudelaire ya había ampliado sus ámbitos: "¿Vienes del alto cielo o surges del abismo, /belleza?"³. Y el propio Darío acogió la conquista de la divinidad enigmática y poderosa: "Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar"⁴ . Desde este abismo, Venus, la diosa de la Belleza y del Amor, sugiere su carga de melancolía. Y ese arduo sentimiento define la imposibilidad de tocar la inalcanzable Quimera, que tuvo diferentes rostros, que fue también Diana, la bella inviolada, fuerza que desata la pasión castigada con la muerte. Ovidio había contado el mito de la diosa cazadora, quien fuera contemplada por Acteón, merecedor por ello del castigo de su metamorfosis en ciervo y de su muerte bajo las garras de sus propios perros⁵. Rubén Darío la llamó "casta y virgen".

¹ Homero, *Iliada*, III, vv. 152 - 158

² U. Eco, *Historia de la Belleza*, Barcelona, Lumen, 2004, p. 37

³ Ch. Baudelaire, "Himno a la Belleza", *Las flores del mal*, Madrid, EDAF, 1982, p. 57

⁴ R. Darío, "Venus", *Azul, Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1967, I, p. 536

⁵ Ovidio, *Metamorfosis*, Barcelona, Alma Mater, 1964, vv.143 - 253

Integrada en la familia Buendía, hija de Arcadio y de Santa Sofía de la Piedad, Remedios, la bella, "fue proclamada reina. Úrsula, que se estremecía ante la belleza inquietante de su biznieta, no pudo impedir la elección. Hasta entonces había conseguido que no saliera a la calle, como no fuera a oír misa con Amaranta, pero la obligaba a cubrirse el rostro con una mantilla negra. Los hombres menos piadosos [...] asistían a la iglesia con el único propósito de ver aunque fuera un instante el rostro de Remedios, la bella, de cuya hermosura legendaria se hablaba con un fervor sobrecogido en todo el ámbito de la ciénaga. Pasó mucho tiempo antes de que lo consiguieran, y más les hubiera valido que la ocasión no llegara nunca, porque la mayoría de ellos no pudo recuperar jamás la placidez del sueño. El hombre que lo hizo posible, un forastero, perdió para siempre la serenidad, se enredó en los tremedales de la abyección y la miseria, y años después fue despedazado por un tren nocturno cuando se quedó dormido sobre los rieles". Este caballero había ofrecido a Remedios, la bella, una rosa amarilla, que ella "agradeció con una sonrisa". "Pero no solo para el caballero, sino para todos los que tuvieron el desdichado privilegio de vivirlo, aquel fue un instante eterno". Para el coronel Aureliano Buendía, Remedios, la bella, poseía "una lucidez penetrante que le permitía ver la realidad de las cosas más allá de cualquier formalismo". Remedios, la bella, "no era un ser de este mundo", criatura de "pureza excepcional", que hubo de competir con la otra reina de belleza del mismo carnaval, que se llamaba Fernanda del Carpio, y había sido elegida entre "las cinco mil mujeres más hermosas del país, y la habían llevado a Macondo con la promesa de nombrarla reina de Madagascar"⁶. Aureliano Segundo fue a buscarla a la distante ciudad donde vivía con su padre, y se casó con ella en Macondo, "en una fragosa parranda de veinte días". Aureliano Segundo "la buscó sin piedad. Con la temeridad atroz con que José Arcadio Buendía atravesó la sierra para fundar a Macondo, con el orgullo ciego con que el coronel Aureliano Buendía promovió sus guerras inútiles, con la tenacidad insensata con que Úrsula aseguró la supervivencia de la estirpe, así buscó Aureliano Segundo a Fernanda, sin un solo instante de desaliento [...] se extravió por desfiladeros de niebla, por tiempos reservados al olvido, por laberintos de desilusión". Aureliano Segundo trajo a Fernanda a Macondo y la instaló en la casa de los Buendía, habiendo de cohabitar con Remedios, la bella, que seguía causando estragos, adquiriendo la fama de que "poseía poderes de muerte". Así se manifiesta en un episodio en el que García Márquez ha recreado el famoso tema del "Baño de Diana", con su desenlace trágico, puesto que el intruso "se rompió el cráneo y murió sin agonía en el piso de cemento". Y Remedios, la bella, siguió vagando por el desierto de la soledad" hasta que un día "Amaranta advirtió que Remedios, la bella, estaba transparentada por una palidez intensa", y que, tomando las sábanas de Fernanda, "empezó a elevarse", y "decía adiós con la mano entre el deslumbrante aleteo de las sábanas que subían con ella". Culminando así, en el episodio de la levitación, un significado alegórico, puesto que Remedios, la bella, que encarna la máxima Belleza, ha mostrado su verdadera esencia: es el Arquetipo que no puede morir, y deja su estela que permanece en la memoria. En tanto Fernanda representa la belleza terrenal, que debiera librar su duro combate frente al tiempo, consiguiendo incluso la alianza del duro adversario, pues Aureliano Babilonia la descubre con asombro, pudiendo ver a "una anciana de una hermosura sobrenatural, con una amarillenta capa de armiño, una corona de cartón dorado, y la conducta lánguida de quien ha llorado en secreto. [...] Fernanda había convertido los atuendos reales en una máquina de recordar". Y será éste el anuncio del final, pues no pasó mucho tiempo hasta que Aureliano se asomara "al dormitorio, y la vio tendida en la cama, tapada con la capa de armiño, más bella que nunca, y con la piel convertida en una cáscara de marfil. Cuatro meses después, cuando llegó José Arcadio, la encontró intacta"⁷.

⁶ G. García Márquez, *Cien años de soledad*, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 272 - 279

⁷ *Ibidem*, pp. 437 - 438

Al considerar los destinos contrapuestos de Remedios, la bella, y Fernanda del Carpio, y teniendo en cuenta asimismo la fuerza de la tradición poética en *Cien años de soledad*, podríamos sugerir que cada personaje es un signo relevante: Remedios, la bella, da forma a un concepto que desarrollaron los poetas del Renacimiento por influjo del neoplatonismo, buscando la inmortalidad en el Arquetipo; frente a un segundo significado de acuerdo con la concepción del Barroco, que exalta la condición efímera de la Belleza, encarnada por Fernanda del Carpio, aunque un nuevo añadido va constatando el culto que el novelista rinde a la Belleza en su historia, y así la Belleza queda preservada, no morirá ni con el tiempo ni aun con la muerte. Hay, por tanto, en la fábula de García Márquez un tratamiento hiperbolizado de este tema, una exaltación del mito en el que se siguen los pasos de la lírica amorosa, donde el enamorado sucumbía a la fuerza poderosa de aquella incontrolada pasión, y donde el ideal se mantiene con visos de inmortalidad, pero incluso en la recreación del modelo barroco se rompen los moldes convencionales, y la nueva versión nos ofrece el insólito Triunfo de la Belleza frente a sus enemigos naturales, el tiempo y la muerte.

Y esa misma plenitud será alcanzada por otra de las figuraciones de la Belleza en el cuento "El rastro de tu sangre en la nieve", una breve narración de intenso significado: "Nena Daconte era casi una niña, con unos ojos de pájaro feliz y una piel de melaza que todavía irradiaba la resolana del Caribe en el lúgubre anochecer de enero". Nena Daconte se había casado con Billy Sánchez de Ávila y realizaban su viaje de bodas, cubriendo un recorrido desde Madrid hasta París. Pero el pinchazo de una espina del tallo de las rosas recibidas con honor, hace que una gota de sangre vaya cayendo del dedo de la recién casada, marcando el itinerario trágico de esta bella mujer. Un guardia de la frontera "se fijó con atención en la muchacha que se chupaba el dedo herido envuelta en el destello de los visones naturales, y debió confundirla con una aparición mágica en aquella noche de espantos, porque al instante cambió de humor"⁸. El viaje en un veloz auto se prolonga largas horas y "Nena Daconte dejó el brazo colgando fuera de la ventana, convencida de que el aire glacial de las sementeras tenía virtudes de cauterio. Fue otro recurso vano, pero todavía no se alarmó. "Si alguien nos quiere encontrar será muy fácil", dijo con su encanto natural. "Sólo tendrá que seguir el rastro de mi sangre sobre la nieve". Luego pensó mejor lo que había dicho, y su rostro floreció en las primeras luces del amanecer". El recuerdo de la poesía, en este caso *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso, otorga el rango poético a un itinerario que estaba diseñado con los mismos motivos: "Ah, muertos, muertos, ¿qué habéis visto/en la esquinada cruel, en el terrible momento del tránsito? [...] /no sé si un infinito de nieves, donde hay un rastro de sangre, /una huella de sangre inacabable"⁹; que, al igual que la ruta de los enamorados, se vislumbra como el sendero que conduce directamente a Nena Daconte hasta la muerte. Pero la Belleza sigue reclamando su estatuto de eternidad: "Los padres de Nena Daconte se llevaron el cuerpo embalsamado dentro del ataúd metálico, y quienes alcanzaron a verlo siguieron repitiendo durante muchos años que no habían visto nunca una mujer más hermosa, ni viva ni muerta"¹⁰. La memoria conservaría la fama del prodigio.

Y en este itinerario singular de las narraciones de Gabriel García Márquez volveremos a encontrar el mito de la Belleza también en su sentido de Quimera, misteriosa e inalcanzable, pero no ya para un extraño héroe de fábula, sino para el propio escritor, que es sacudido por la seducción de una mujer, indiferente y cosmopolita, con la que comparte el viaje desde París hasta Nueva York. Todo se produce inesperadamente: "Era Bella, elástica, con una piel tierna del color del pan y los ojos de almendras verdes, y tenía el cabello liso y negro y largo hasta la espalda, y un aura de antigüedad que lo mismo podía ser de Indonesia que de los Andes. [...]"

⁸ G. García Márquez, "El rastro de tu sangre en la nieve", Doce cuentos peregrinos, Barcelona, Mondadori, 1996, pp. 205 - 206

⁹ El título del poema: "Preparativos de viaje".

¹⁰ G. García Márquez, "El rastro de tu sangre en la nieve", op. cit., p. 231

"Esta es la mujer más bella que he visto en mi vida", pensé, cuando la vi pasar con sus sigilosos trancos de leona, mientras yo hacía la cola para abordar el avión de Nueva York en el aeropuerto Charles de Gaulle de París. Fue una aparición sobrenatural que existió sólo un instante y desapareció en la muchedumbre del vestíbulo". Pero la Bella le estaba destinada como compañera de asiento, aunque no advirtiera en tan largo trayecto la muda admiración del insomne pasajero, pues durante todo el tiempo que duró el viaje, el narrador contemplará a la Bella dormida y recordará por similitud los versos del poema "Insomnio" de Gerardo Diego: "Saber que duermes tú, cierta, segura, cauce fiel de abandono, línea pura, tan cerca de mis brazos maniatados"; y asimismo este reflexivo observador recordará la novela de Yasunari Kawabata *La casa de las bellas durmientes*, en la que se contaba que "los ancianos burgueses de Kyoto que pagaban sumas enormes para pasar la noche contemplando a las muchachas más bellas de la ciudad, desnudas y narcotizadas, mientras ellos agonizaban de amor en la misma cama. No podían despertarlas, ni tocarlas, y ni siquiera lo intentaban, porque la esencia del placer era verlas dormir. Aquella noche, velando el sueño de la bella, no sólo entendí aquel refinamiento senil, sino que lo viví a plenitud"¹¹.

Estas aclaraciones del narrador, velando y advirtiendo que "el sueño de la bella era invencible", y que era también invencible su hermetismo, apuntan a un significado simbólico de la mujer enigmática, que tiene que ver con aquella representación de la melancolía, que se refracta en el acompañante y le sugiere pensamientos sobre la condición del hombre sometido al tiempo, con su nostalgia de la Juventud, pero activando su creatividad, pues aquella compañera de viaje era asimismo una imagen que ofrecía "una aura de antigüedad", y su voz grave y tibia arrastraba una "tristeza oriental", rastros que marcaban su condición de figuración melancólica, significando la inspiración que hace posible el juego de la fantasía y la escritura del relato: "El avión de la bella durmiente" era una doble metáfora de la vida como viaje y de la vida como sueño, y ambas alumbran la concepción barroca de la fugacidad del tiempo, pero el soñador ha podido convocar un mito de eternidad, libre de toda contingencia.

Situado en la misma atalaya, de contemplador insomne y admirador de la Bella durmiente, el anciano narrador de *Memoria de mis putas tristes* busca sus recuerdos en un momento de absoluta soledad: "El año de mis noventa años quise regalarme una noche de amor loco con una adolescente virgen. [...] Desde hacía meses había previsto que mi nota de aniversario no fuera el sólito lamento por los años idos, sino todo lo contrario: una glorificación de la vejez"¹².

Frente al reflexivo narrador del relato, para quien la visión de la extraña compañera de vuelo es motivación para la lamentación melancólica ante la conciencia del paso del tiempo, el memorialista, el llamado *Profesor Mustio Collado*, pretende responder a un nuevo destello de vitalidad: "Llevaba años de santa paz con mi cuerpo, dedicado a la relectura errática de mis clásicos y a mis programas privados de música culta, pero el deseo de aquel día fue tan apremiante que me pareció un recado de Dios".

Ayudado de la complicidad del sueño, el solitario narrador, profesor y periodista, puede contemplar a la bella dormida: "Aquella noche descubrí el placer inverosímil de contemplar el cuerpo de una mujer dormida sin los apremios del deseo o los estorbos del placer". Rosa Cabarca le dio una pócima de Valeriana a Delgadina, como sucedía con las durmientes de Kyoto, y la niña pudo servir para el goce silencioso del contemplador. Pero no sólo mirar y admirar, sino que también recordar, son las actividades del viejo, que al igual que los ancianos japoneses rememora sus amores perdidos; fue en un "mediodía caluroso" cuando despertó su deseo por

¹¹ G. García Márquez, "El avión de la bella durmiente", Doce cuentos peregrinos, op. cit., pp. 75 - 81

¹² G. García Márquez, *Memoria de mis putas tristes*, Barcelona, Mondadori, 2004, pp. 9 - 13

primera vez: "y sorprendí desnuda a Ximena Ortiz, la menor de las hijas que hacía la siesta en la alcoba contigua. [...] No estaba en vivas carnes, pues tenía en la oreja una flor ponzoñosa de pétalos anaranjados, como la *Olimpia* de Manet y también llevaba una esclava de oro en el puño derecho y una gargantilla de perlas menudas. Nunca imaginé que pudiera ver algo más perturbador en lo que me faltaba de vida, y hoy puedo dar fe de que tuve razón"¹³. Ximena ejercería sobre el joven periodista una "atracción satánica", y le marcó con su abandono, quedando en la soledad de su mansión colonial hasta que, la fantasía le conduce hasta la contemplación de una adolescente virgen, que llena su vida y hace renacer en el anciano profesor el aliento vital, resultando el consuelo imaginario una catarsis superior a los libros y a la música: "Mi casa, callada y en orden a las seis y cuarto, empezaba a gozar los colores de una aurora feliz. [...] Estaba ordenando mis papeles marchitos, el tintero, la pluma de ganso, cuando el sol estalló entre los almendros del parque y el buque fluvial del correo, retrasado una semana por la sequía, entró bramando en el canal del puerto. Era por fin la vida real, con mi corazón a salvo, y condenado a morir de buen amor en la agonía feliz de cualquier día después de mis cien años"¹⁴.

Este vuelo del personaje, efímero y fantástico, ha sido dirigido por Yasunari Kawabata, con el referente de los ancianos de Kyoto, presos de una profunda melancolía, que podían ser felices, o incluso morir, al contemplar a las bellas dormidas, pero asimismo el relato de García Márquez nos recuerda la historia bíblica del rey David: "Era ya viejo el rey David, entrado en años, y por más que le cubrían con ropas, no podía entrar en calor. Dijéronle entonces sus servidores: "Que busquen para mi señor, el rey, una joven virgen que le cuide y le sirva; durmiendo en su seno, el rey, mi señor, entrará en calor". Buscaron por toda la tierra de Israel una joven hermosa, y hallaron a Abisaq, sunamita, y la trajeron al rey, y le servía, pero el rey no la conoció".

El relato antiguo pudo servir de fuente al escritor oriental, y ambas historias están en la novela de García Márquez, de manera que se confunden las historias en la confrontación de la juventud y de la vejez y en la contemplación de la belleza, que sólo debe ser admirada en la distancia, porque es intocable. El mito de la Belleza, con su misterio y su poder mágico, trae de nuevo la fantasía de su eterna y poderosa fascinación.

Guadalupe Fernández Ariza es Profesora Titular de Literatura Española en la Universidad de Málaga

¹³ G. García Márquez, *Memoria de mis putas tristes*, op. cit., pp. 37 - 38

¹⁴ G. García Márquez, *Memoria de mis putas tristes*, op. cit., p. 109